

CICLO DE CONVERSACIONES ANTROPOLOGÍAS DEL SUR: GILBERTO SÁNCHEZ CABEZAS

CLAUDIO ESPINOZA*, PAULA CONTRERAS** & LUIS CAMPOS***

Resumen

En esta undécima entrevista del ciclo de conversaciones Antropologías del Sur, cuyo fin es revisar y pensar formas no hegemónicas de la disciplina, se presenta la trayectoria académica, intelectual y profesional de Gilberto Sánchez Cabezas (Las Lomas, Puerto Varas, 1937). Su infancia la vivió en Puerto Varas y Puerto Montt, y desde temprana edad su relación con las lenguas fue estrecha y fructífera, ya sea por sus estudios en el Colegio Germania, donde aprendió el alemán, o por su acercamiento autodidacta donde profundizó, por ejemplo, en el ruso, el sueco, el noruego, el holandés, el inglés y el esperanto. Dado su gran conocimiento de 18 lenguas, en su juventud fue invitado a participar como intérprete de la oficina de prensa en el mundial del '62. Su interés por el lenguaje y los idiomas lo llevó a estudiar Pedagogía en alemán, italiano y castellano, y dos licenciaturas, una en filología romance y otra en lingüística general, realizando posteriormente un doctorado en filología romance. En su paso por el Pedagógico aprendió mapudungun o chedungun con el profesor Domingo Curaqueo. Se desempeñó como académico de lingüística en la carrera de Antropología de la Universidad de Chile desde su apertura, centrándose especialmente en el mapudungun y su variedad pehuenche, y en las tradiciones Mapuche. Ha realizado extensas investigaciones etnográficas en el sur de Chile, las cuales han permitido enriquecer el conocimiento antropológico sobre esta lengua y ser, a su vez, un aporte significativo a la lingüística chilena. Actualmente es profesor emérito de la Universidad de Chile.

* Director Revista Antropologías del Sur, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

** Académica, Escuela de antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

*** Académico, Escuela de antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

AdS: Muchas gracias profesor por aceptar esta invitación. Quisiéramos comenzar esta conversación con sus inicios, dónde nació y creció, y luego cómo fue su aproximación a la antropología.

Nací en un lugar rural llamado Las Lomas, situado a 9 kilómetros de la ciudad de Puerto Varas, en la provincia de Llanquihue, un 28 de julio de 1937. Permanecí allí, en el campo, cerca del río Maullín, hasta casi los 8 años de edad. Cursé la primera preparatoria en la escuela del lugar (actualmente Escuela G 552 José Werner Meixner), junto a compañeros campesinos. Ya entonces llamó mi atención el idioma alemán que todavía hablaban los descendientes de los colonos europeos. En 1945 mi familia se trasladó a Puerto Varas, en cuya Escuela Superior Nº 2 del Grupo Escolar, recién creada, cursé el resto de las preparatorias. Los profesores que tuve eran mayormente egresados de Escuelas Normales, y eran buenos pedagogos. Los recuerdo con afecto.

En Puerto Varas los descendientes de los colonos alemanes solían hablar en alemán, ya no muy correcto, también en presencia de ‘chilenos’ —como decían—, que no sabían la lengua extranjera, lo que aumentó mi curiosidad por entenderles. También llamaron mi atención los apellidos mapuches de algunos residentes en la ciudad, como Huenchumán, Levicán, Melipillán, Quilapán, Remolcoy y otros. Me preguntaba qué significarían. En 1950 ingresé al primer Año de Humanidades del Colegio Germania, en el cual el alemán era obligatorio. En segundo Año de Humanidades tuve de profesor a un sacerdote, llamado Karl Schüttenhelm, el cual me motivó mucho para aprender el francés, y también el alemán. Luego continué mis estudios secundarios en Puerto

Montt, en el Colegio San Francisco Javier y en el Liceo de Hombres Manuel Montt. Durante los años de enseñanza secundaria dediqué mucho tiempo y esfuerzo al aprendizaje de lenguas extranjeras, y llegué a conocer — mayormente como autodidacta y básicamente— además del alemán y el francés, el inglés, el italiano, el portugués, el holandés, el sueco y el esperanto (idioma internacional). También me interesaron las novelas del escritor italiano Emilio Salgari, entre ellas las que tienen como protagonista a Sandokan, las cuales estimularon mi interés por conocer otros países. Los ramos científicos no me interesaron, y sufrí bastante con las matemáticas. Creo que ello se debió a que no tuve en esas materias profesores pedagogos que supieran motivarme.

Una vez rendido con éxito el Bachillerato con mención en Letras, ingresé al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en 1957, en el cual cursé tres pedagogías (alemán, italiano y castellano), dos licenciaturas (Filosofía con mención en Filología Romance, Lingüística general) y un programa de Doctorado en Filosofía con mención en Filología Romance), antes de enseñar Lingüística antropológica. Además, en ese Instituto seguí cursos de latín, griego, árabe, hebreo, mapuche y quechua.

AdS: Profesor, respecto a su acercamiento a la Antropología, ¿Cuál era el contexto nacional e intelectual de la época? ¿Por qué se interesó en la Lingüística y en la Antropología?

En verdad, no podría definir con precisión el contexto nacional e intelectual de la época. Ya en Santiago, me enteré de la existencia de una ciencia, la Lingüística, cuyo objeto de estudio es el lenguaje humano, el cual está íntimamente

relacionado con la cultura. Dado que conocía varias lenguas, algunas personas me aconsejaron que trabajara como traductor o intérprete. Por eso, y estimulado por mis compañeros del Instituto Pedagógico, me presenté para desempeñarme como intérprete durante el VII Campeonato Mundial de Fútbol, que tuvo lugar en Chile, en 1962. Atendí las consultas de asistentes extranjeros, en la Oficina de Prensa del Campeonato, en 18 idiomas. Era entonces mayormente un políglota. Mi actuación como intérprete llamó la atención de algunos periodistas europeos, de los diarios La Tribune de Lausanne, de Suiza, Basler Nachrichten, también de Suiza, Het Laatste Nieuws, de Bélgica, Südwestdeutsche Zeitung, de Alemania. Incluso recibí una atractiva oferta de trabajo de una empresa europea. Sin embargo, comprobé que esa actividad no me satisfacía, y opté por dedicarme al estudio científico del lenguaje y su relación con la cultura humana, lo cual pudo acentuarse más al enseñar en el Departamento de Antropología.

El estudio sistemático de la Antropología estaba en sus inicios cuando fui nombrado ayudante de la cátedra de Lingüística General (1958). En 1954 se había creado el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, cuyos miembros fueron los profesores Carlos Munizaga, Bernardo Berdichevsky, Alberto Medina, Jorge Kaltwasser, Juan Munizaga y Gonzalo Figueroa, a los cuales conocí. Luego, en 1964, se creó el Centro de Antropología, en la Universidad de Concepción, con el patrocinio de la UNESCO, y en esa misma universidad, por primera vez en Chile, la carrera de Antropología, entregando el título de Licenciado en Antropología. En 1970 se creó en la Universidad de Chile el Departamento de Antropología, con dos especialidades: Arqueología y

Antropología Social. La carrera, con los cursos respectivos, se inició en 1971. Al año siguiente, recién regresado desde Europa, comencé a enseñar Lingüística en dicha carrera. En el primer semestre tuve los siguientes 11 alumnos: Virginia Aedo Prado, Eugenio Aránguiz Wolffs, Pedro Banoviez Commetti, María A. Benavente Aninat, Jorge P. Cáceres Valencia, Sara Alicia Garay Lennon, Carlos Gómez Díaz, Eugenio Gutiérrez Valpuesta, Suzana Légrády Tavi, José Manuel Lira Morales, Arnaldo Juan Núñez Guerra y Leonora Vicuña Navarro. En el segundo semestre tuve 31 alumnos, entre ellos a Marcelo Arnold Cathalifod, Claudio Cristino Ferrando, Pedro Andrés Recasens Salvo, Juan Carlos Skewes Vodanovic y Patricia Vargas Casanova. La mayoría de ellos fueron buenos alumnos y se han distinguido en el quehacer antropológico. El último curso lo dicté en el 2002.

También en 1970 se creó el Centro de Estudios de la Realidad Regional (CERER) en la Universidad Católica de Temuco y, en 1974, la Licenciatura en Antropología, con mención en Etnolingüística. La carrera fue cerrada en 1978, y reabierta en 1992. En 1983 se creó el Colegio de Antropólogos de Chile, cuyo primer presidente fue el Sr. Mario Muñoz y vicepresidenta, la profesora Milka Castro, del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, etc.

Antes de 1970 seguí algunos cursos de Antropología del Certificado de Estudios de Arqueología, creado en 1962, con los profesores Bernardo Berdichewski, Grete Mostny y Mario Orellana. No completé el programa, debido a que viajé a Europa, como profesor huésped (vendégoktató) a la Universidad de Budapest, en Hungría, en virtud del Convenio de Intercambio Académico que existía entonces entre esa universidad y la Universidad de Chile, desde

1965. Después de regresar a Chile comencé a enseñar Lingüística en el Departamento de Antropología en el primer semestre de 1972, como prestación de servicio del Departamento de Lingüística y Filología. Posteriormente fui nombrado Profesor Titular de Lingüística del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales (FACSO). Enseñé la asignatura durante 30 años. Fue muy grata la experiencia con los alumnos de la carrera, de los cuales no pocos han llegado a ser profesores y autoridades universitarias, en Santiago y en el resto del país. Pude, al mismo tiempo, profundizar mis conocimientos en Antropología, disciplina que considero muy importante. He llegado a pensar que debería formar parte de la Educación, desde el nivel básico. Así y los niños sabrían que todos los seres humanos son *Homo sapiens sapiens* y, seguramente, habría menos prejuicios, a partir del color de su piel, y una mejor convivencia, no solo en nuestro país, sino que también en el resto del mundo.

Después del 11 de septiembre de 1973 seguí desempeñando mis funciones como profesor de Lingüística y director del Departamento de Italiano; sin embargo, en la madrugada del 11 de agosto de 1975 fui detenido por la policía, en mi domicilio, y llevado al campo Tres Álamos. En esa ocasión fueron detenidas otras 43 personas del Instituto Pedagógico, profesores y funcionarios (también el profesor Mario Orellana, del Departamento de Antropología). Fue, desde luego, una experiencia inédita y poco grata. Afortunadamente permanecí en Tres Álamos solo 16 días y fui puesto en libertad, “por no haberse comprobado, hasta este instante, que hubiere contravenido las normas constitucionales, en conformidad al Decreto Exento N° 1451, de fecha 25 de agosto de 1975 del Interior”, según manifestó por escrito una autoridad militar. No se me

explicó el motivo de mi detención, pero inferí que se debió a mi permanencia en la entonces República Popular de Hungría (*Magyar Népköztársaság*), durante dos años académicos (segundo semestre de 1967-primer semestre de 1969). Sin embargo, mi viaje a ese país se debió al Convenio de Intercambio Académico ya mencionado, y no a una razón política. En Hungría no me dediqué a actividades políticas, sino a enseñar en el Departamento de Español (*Spanyol Tanszék*) de la Universidad de Budapest materias relacionadas con la lengua española y a estudiar, en primer lugar, el idioma húngaro y, luego, un doctorado en Lingüística General, cuya tesis versó sobre la estructura morfológica del verbo araucano. La calificación obtenida fue *Summa cum Laude*. El grado fue reconocido por el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD), del cual fui becario en dos oportunidades, y por la Universidad de Chile. Estudié también el idioma finlandés, pariente del húngaro. Sin embargo, ya en libertad, fui desvinculado -¡como medida disciplinaria!- de la Facultad de Filosofía y Letras, desde el 1 de septiembre de 1975, pero reincorporado dos meses después. Se me aconsejó -eso sí- que me dedicara solo a impartir clases, y no aspirara a desempeñar cargos académicos (director de departamento, etc.). Posteriormente no tuve problemas, pero sabía que mis clases eran vigiladas. Por no tener cargos pude dedicarme a investigar en terreno, sobre las lenguas aborígenes, en San Juan de la Costa (provincia de Osorno), en el Altiplano de Iquique, en San Pedro de Atacama, en la Isla de Pascua y, principalmente, en el Alto Bío-Bío (VIII Región). Una consecuencia negativa de mi detención en Cuatro Álamos fue que no pude graduarme de Doctor de Filosofía con mención Filología Romance de la Universidad de Chile, para lo cual solo me faltaba presentar una tesis, según deter-

minó la Comisión de Estudios Académicos de la Facultad de Filosofía y Letras, considerando las materias lingüísticas que había cursado en Chile y en Europa.

AdS: Profesor, ¿Cuál fue su comunidad de diálogo? ¿Dónde y con quiénes se forma? ¿Cuáles son sus maestros? ¿Cuáles son sus referentes intelectuales? ¿Qué libros y autores lo marcaron?

Desde muy niño me interesaron los idiomas extranjeros, pero los comencé a aprender sistemáticamente cuando tenía 12 años, y era alumno del primer año de Humanidades en el Colegio Germania de Puerto Varas, de la Congregación del Verbo Divino. En ese colegio aprendí alemán y francés. Como me enteré de que esas lenguas tenían parientes, traté de aprender italiano, portugués, inglés y holandés. En segundo año de Humanidades comencé a estudiar ruso. No era fácil, desde luego, conseguir entonces textos para aprender otros idiomas. Como mi padre compró una radio que tenía una poderosa onda corta, pude escuchar diariamente programas en diferentes idiomas. Al comienzo entendía poco, pero a medida que transcurría el tiempo logré entender perfectamente las transmisiones. Sintonizaba, por ejemplo, The Voice of America, la cual transmitía programas en varias lenguas, también de Asia. Aunque no entendía nada, escuchaba, sin aburrirme, programas en chino, en vietnamita, etc. También sintonizaba la BBC de Londres y emisoras de otros países, incluso de Egipto. Al finalizar la educación secundaria conocía, imperfectamente desde luego, 9 ó 10 idiomas. ¿Qué hacer con ellos? Algunas personas me aconsejaban que trabajara como intérprete; otras, que estudiara Pedagogía en alguna lengua. Finalmente ingresé al Instituto

Pedagógico de la U. de Chile, a estudiar Licenciatura en Filosofía con mención en Filología Romance y Pedagogía en alemán. Tuve buenos maestros, como el Dr. Heinz Schulte-Herbrüggen, del cual fui alumno en varias asignaturas lingüísticas (Lingüística general, Lingüística romance, Gramática histórica castellana, Gramática histórica italiana, Gramática histórica portuguesa). Era un lingüista neohumboldtiano, para el cual el lenguaje humano siempre se relaciona con una “visión de mundo” (Weltansicht, Weltanschau). También fui alumno del Dr. Emilio Goldschmidt, profesor de Lingüística germánica, del Dr. Julio Plaut, profesor de Gramática histórica francesa, y del Dr. Ambrosio Rabanales en cursos de Gramática del español. Como alumno debí consultar una amplia bibliografía de importantes lingüistas europeos, obras de Ferdinand de Saussure, Wilhelm von Humboldt, etc., y norteamericanos, de Edward Sapir, Leonard Bloomfield, Charles Hockett, Noam Chomsky, etc. Creo que el Dr. Schulte-Herbrüggen influyó en mí, pues pienso que cada lengua representa una “visión de mundo”, la cual se vincula también con la cultura. Posteriormente, en Europa fui alumno de dos eminentes profesores, del Dr. László Antal, el lingüista estructuralista más importante de Hungría, y del Dr. Helmut Lüdtke, uno de los especialistas en lenguas romances más importantes de Alemania.

AdS: ¿Cómo fueron sus primeros años trabajando en la Universidad de Chile? Sus trabajos en Lingüística y su relación con la Antropología.

Comencé mi actividad docente en 1958, cuando cursaba el segundo año de la Licenciatura en Filología Romance y de Pedagogía en alemán. Entonces me nombró su ayudante

en la asignatura Lingüística General el profesor Dr. Ambrosio Rabanales. Posteriormente, como había cursado la carrera Pedagogía en italiano, fui nombrado profesor de Gramática Histórica Italiana, de Fonética y de Práctica del idioma italiano. Enseñé esas asignaturas hasta octubre de 1967, cuando fui enviado a Hungría. Ya de regreso en Chile, el recién creado Departamento de Antropología solicitó al Departamento de Lingüística y Filología del Instituto Pedagógico un profesor para que enseñara Lingüística, como prestación de servicios. Así comenzó mi actividad como profesor en el Departamento de Antropología, la cual ejercí durante 30 años. En rigor, enseñé Etnolingüística, cuyo objeto de estudio es el lenguaje en relación con la cultura. Por haber cursado el ramo Antropología Cultural con la Dra. Grete Mostny, tenía muy claro el concepto de cultura.

AdS: ¿Cómo fue ese trabajo de formar a antropólogos y antropólogas? Y el papel del trabajo de campo en dicha formación, por ejemplo, sus trabajos en el Alto Bío-Bío.

Mi actividad en terreno la inicié en San Juan de la Costa (Provincia de Osorno), en 1976, pero no tuve la suerte de encontrar hablantes competentes en mapudungun que pudieran entregar relatos. Por eso viajé al Alto Bío-Bío, invitado por el entonces estudiante de antropología Hans Gundermann. Pude conocer las cuatro comunidades del sector, Pitril, Cauñicú, Mallamalla y Trapatrapa (las tres primeras a orillas del río Queuco, tributario del río Bío-Bío). Llegué a Cauñicú en agosto de 1979, y fui por última vez en noviembre de 2003. Viajé 30 veces allá y permanecí 346 días en esa comunidad; en las demás, solo algunos días (unos 15 días en Trapatrapa). Durante esa permanencia

logré que diferentes personas confiaran en mí y, por eso, pude obtener un extenso material lingüístico-antropológico de parte de algunos pehuenches que conocían muy bien su lengua y cultura. Algunos de ellos eran verdaderos kimche (sabios), como Lorenzo y Ramón Naupa Epuñán. Ellos me entregaron textos extensos y valiosos, léxico, fraseología, que he tratado de publicar. Pienso que para mí Ramón Naupa fue como Segundo Jara (Kallvün) para el Dr. Lenz. Deseo enfatizar que, para realizar con provecho investigaciones en terreno, es muy importante conocer bien la lengua de los llamados 'informantes' (término que no me agrada). En verdad, ellos son verdaderos profesores. También obtuve mucha información valiosa de las hermanas Lucinda y Felicinda Paine Queupil, de Cirilo Paine y de su esposa, Alicia Queupil, del longko de la comunidad José Bernardino Huenupe, de don Basilio Porteño y familia, de don Carmelo Pavián y de su hija, Corina Pavián, de don Felidor Queupil y de Miguel Linai. El longko me permitió asistir a varios ngillatunes y conocer las oraciones rituales que pronunciaban los participantes. Algunos alumnos de Antropología de la Universidad de Chile, que me acompañaron, pudieron también presenciarlos. En verdad, la permanencia entre ellos fue muy grata y muy positiva para obtener data etnolingüística de primera mano. Por ello, sentiré siempre un profundo agradecimiento y respeto por esas personas del Alto Bío-Bío, quienes han sido con frecuencia víctimas de prejuicios, discriminación, etc., como otros mapuches, sin fundamento alguno. Pero también la permanencia conllevó una cuota de sacrificio, de frustración, pues no pocas veces las lluvias intensas me impedían ir a entrevistar a alguien que vivía a 20, 40 minutos, o una hora, de camino desde el lugar donde yo pernoctaba. La lluvia no solo mojaba a la persona, sino también

a la grabadora, la cual quedaría inutilizable. Mi experiencia y conocimientos obtenidos los comuniqué, desde luego, a mis alumnos del Departamento de Antropología.

Fui profesor de Lingüística durante más de 40 años, y siempre traté de motivar a los alumnos para que se interesaran por estudiar el lenguaje y las lenguas. Impartí los siguientes cursos de pregrado: Lingüística general (1972-2002), Lingüística estructural (1974-2004), Etnolingüística (1973-2004), Lingüística indoeuropea (1973, 1980, 1981), Lingüística semita (1976-1979), Lingüística germánica (1981), Lingüística descriptiva (1982, 1984, 1986) y los siguientes seminarios de posgrado: Seminario de Gramática generativo-transformacional (1976), Seminario de Fonología española (1982), Seminario de Metodología de la investigación lingüística (1983), Seminario de Etnolingüística (1983-2010), Seminario de lengua y cultura mapuches (1983-2015), Seminario de Lingüística hispánica (1984), Seminario de Lengua quechua (2007). Otros cursos: Gramática histórica italiana (1964-1967, 1971-1974), Fonética italiana (1964-1967), Práctica del idioma italiano (1964-1967), Gramática histórica alemana (1965, 1974), Lenguas de América (1994-2000), Lengua mapuche (1995-2003), Lengua aimara (2000). Participé también en muchos congresos, mesas redondas, simposios y pronuncié conferencias sobre Lingüística y lenguas indígenas.

AdS: Y sobre su relación con Domingo Curaqueo...

Fui su alumno en el Instituto Pedagógico, durante tres años (1961-1963). Rendí los exámenes correspondientes de mapuche, obteniendo la calificación máxima. Entonces

comenzó mi interés y dedicación por esa lengua, que han durado hasta el presente. Mantuvimos una relación cordial y, posteriormente, fuimos colegas en el Departamento de Antropología. Después que falleció impartí cursos de mapuche en ese departamento.

Después que fui alumno de don Domingo seguí estudiando la lengua, de modo que, cuando años después salí a terreno, no tuve ningún problema para comunicarme con la gente mapuche. En Cauñicú, en el Alto Bío-Bío, conversábamos todos los días en chedungun (pehuenche) y, por eso, llegaron a considerarme un pariente. No creían que había aprendido el idioma siguiendo cursos, sino que lo había aprendido en el hogar. Incluso, algunos me llamaron Wenuman (Wenumañke: cóndor de las alturas, del cielo). Ello facilitó mi trabajo de campo, pues logré obtener un número considerable de relatos (epew, perimontun ngütram), léxico y fraseología, que todavía no terminé de publicar. Sin embargo, por ejemplo, cuando me narraban un epew, hablaban a veces muy rápido, pues suponían que yo no tenía ningún problema para entenderlo. Luego, no era tarea fácil transcribir el texto en chedungun sin errores y traducirlo correctamente.

AdS: O sea una relación muy estrecha con el pueblo mapuche, especialmente con los pehuenches del Alto Bío-Bío. En este contexto, ¿cuál es la importancia que le asigna a la etnografía?

He tenido una mayor relación con los pehuenches y, en particular, con los de la comunidad de Cauñicú, en el Alto Bío-Bío. Mantuve con ellos una relación de plena amistad y confianza. Fui objeto de su permanente hospitalidad, y

me entregaron generosamente sus conocimientos de su lengua y cultura. A más de uno le habría otorgado un doctorado por su sabiduría. Desgraciadamente, varios de ellos ya partieron al wenumapu (la tierra en medio del cielo). Pero he cumplido con la promesa de dar a conocer sus nombres, en mis publicaciones.

Menciono, con modestia, que varias de mis publicaciones, registradas en Research-Gate (con sede en Berlín, Alemania), los han dado a conocer en Chile y en 85 países del mundo, como también algunos aspectos de su rica cultura. Ello, sin duda, es muy merecido.

La Etnografía es muy importante para un etnolingüista, pues debe estar informado acerca del pueblo que va a investigar y de las características de su cultura. El investigador debe respetar siempre sus costumbres y características psicológicas. Por eso el trabajo de campo implica disponer de mucho tiempo y paciencia. Los métodos de la investigación etnográfica y la etnolingüística son muy semejantes.

Existe una relación estrecha entre lengua y cultura, y es posible que sin el lenguaje la cultura no sería como la conocemos; quizá sería una precultura. Toda la cultura que el hombre ha creado, desde la herramienta más sencilla, hasta la filosofía y las ciencias más complejas, ha sido verbalizada. Es posible que ya al pensar en crear un objeto cultural haya intervenido el lenguaje, con su capacidad de simbolizar. Sin el lenguaje tampoco habría sido posible transmitir la cultura de generación en generación. Y en el presente, cuando los seres humanos se comunican, una parte es solamente lenguaje, por ejemplo, al referirse al pasado, al comunicarse con algún santo o algunos de los dioses, en los cuales creen. Las propiedades

que posee el lenguaje son fundamentales para la creación de cultura, como la vía vocal auditiva, la dualidad de pautamiento (fonemas y morfemas), la semanticidad (capacidad de simbolizar, de significar), la prevaricación (sirve para simbolizar lo real y lo irreal, lo lógico y lo ilógico, lo hermoso y lo feo), el desplazamiento (permite traer al presente los contenidos culturales del pasado, etc.).

Mi conocimiento del mapudungun me permitió, en el Alto Bío-Bío, acceder a contenidos culturales importantes, pues los narradores competentes en su lengua nativa no eran capaces de expresar lo mismo en español. Cuando, en una ocasión, le pedí a Lorenzo Naupa que me contara en español un epew que ya me había narrado en chedungun, no fue capaz de hacerlo porque, según argumentó, ¡se le había calentado la cabeza! Por eso estoy convencido de que, para llevar a cabo una investigación fructífera, ya sea etnográfica o etnolingüística, es necesario conocer muy bien la lengua del grupo humano correspondiente. En mi caso, al llegar por primera vez a la comunidad de Cauñicú saludando con un marimari en chedungun y, luego, preguntando cómo se encontraban las personas, qué novedades había en la comunidad, etc., se inició una relación de confianza que facilitó la obtención de la data. Incluso, logré que me entregaran las oraciones dirigidas a ngünechen en el ngillatun y el püntevün, por lo cual les estaré siempre agradecido. Recomendando, pues, conocer a fondo la lengua de cualquiera de nuestros pueblos originarios de América —que aún sobreviven—, cuya cultura se desea conocer cabalmente. Mayores detalles pueden encontrarse en mi artículo “Lengua y cultura, ¿por qué se implican?”

Considero que la Lingüística, ciencia del lenguaje, juega un papel muy importante en la formación de un antropólogo. Al respecto, reitero lo que ya señalé: el lenguaje es fundamental en relación con la cultura. Cuando un ser humano crea un objeto cultural, sin duda que primero lo piensa con lenguaje, aunque no tenga conciencia de ello. En una sincronía, gran parte de la cultura es puro lenguaje. Sin lenguaje la cultura no podría haberse desarrollado y transmitido en el tiempo, como ha ocurrido. El conocimiento del lenguaje es primordial para investigar cualquier cultura.

AdS: Profesor ¿Cuál cree usted que es el aporte de la Antropología chilena al ámbito latino americano y mundial?

Creo que el aporte de la Antropología chilena es importante en nuestro país, por las investigaciones que realizan permanentemente los profesionales antropólogos, formados en varias universidades. En ellas hay varios Departamentos de Antropología, y cada año egresan de ellos personas con una formación profesional que les permite llevar a cabo investigaciones válidas científicamente, participar en congreso, realizar publicaciones valiosas, etc. Es el caso de muchos que fueron mis alumnos. Sería largo enumerar las investigaciones que realizan en diferentes regiones del país (en el norte de Chile, por ejemplo). Y sin duda que están capacitados para desempeñarse con éxito en otros países del mundo.

AdS: ¿Cómo ve el presente de la Antropología chilena y su relación con las configuraciones socioculturales del país: género-feminismo-etnicidad-migración, etc.?

En relación con las configuraciones que señala, la Antropología puede realizar aportes de importancia en varios temas. Por ejemplo, estudiar las características culturales de los inmigrantes, lo cual puede contribuir a una mejor integración de ellos en el país. También si se demuestra que los aborígenes en Chile y del resto de América son también Homo sapiens sapiens, con culturas y lenguas que no son en absoluto primitivas, inferiores, podrían disminuir los prejuicios de que todavía son objeto y reconocer sus derechos, en sociedades que se considera democráticas...

AdS: Profesor, ya para ir terminando ¿Cómo proyecta el desarrollo de la Antropología chilena?

La Antropología ya tiene una base sólida en Chile para seguir desarrollándose. Yo desearía que tuviera mayor participación en el ámbito de la Educación, desde un nivel básico. Si un niño llega a comprender que todo ser humano, de cualquier parte del mundo, es Homo sapiens sapiens, aunque su piel y sus ojos tengan otro color, y posee una cultura que no es primitiva, su relación con otros será mejor. Cuando yo era escolar, en Puerto Varas, presencié algunas manifestaciones de racismo en algunos compañeros (que eran descendientes de colonos alemanes), porque tenían piel blanca y ojos azules.

En verdad, yo mismo tuve esa experiencia negativa. Curiosamente, durante mi permanencia en Alemania nunca la tuve. ¡Ojalá disminuyan los prejuicios de todo tipo que presenciemos cada día!

En nuestro país hay mucho que investigar y remediar con ayuda de la Antropología.